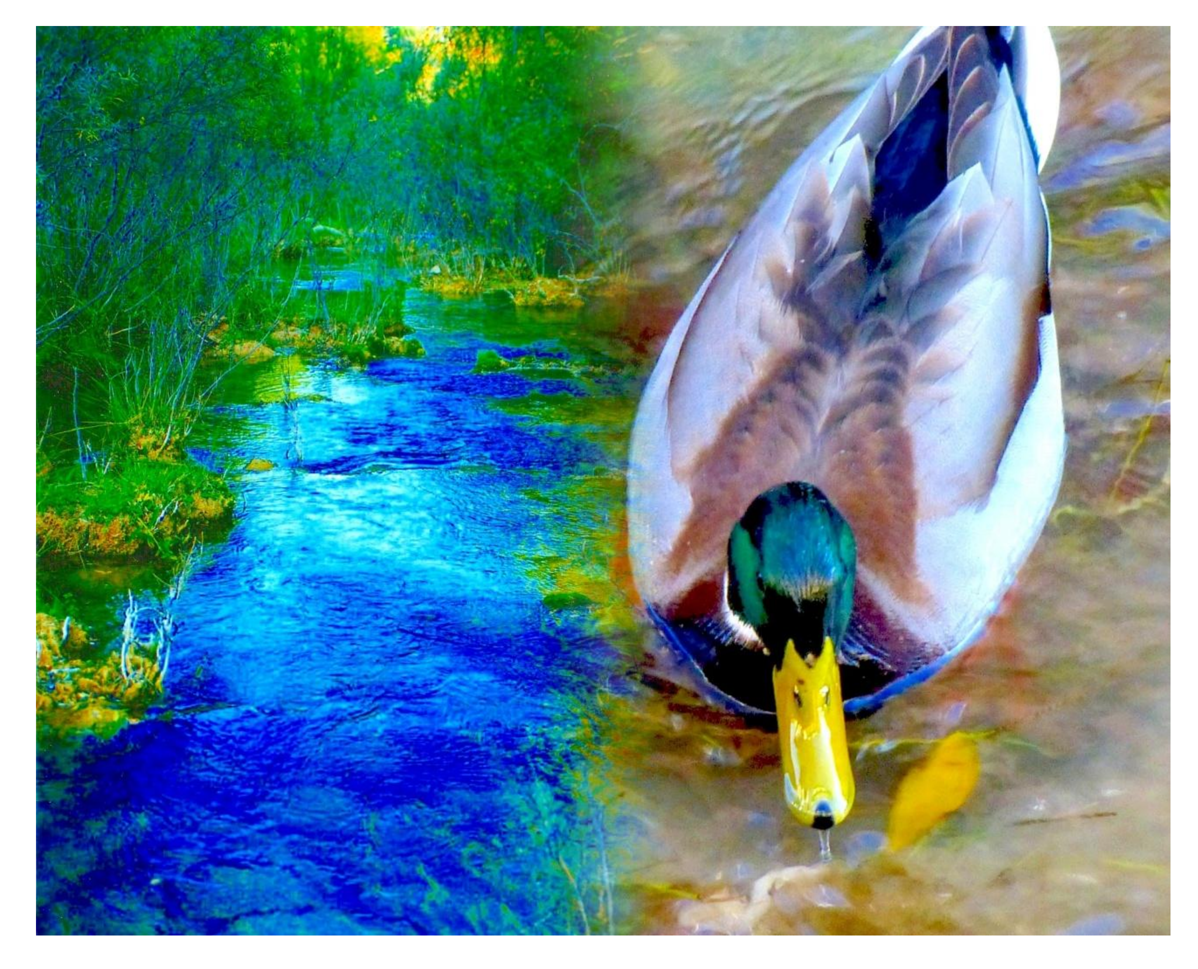


El río de los colores verdes azules

The river of blue green colors // Relato en dos pequeños capítulos

José Gómez Muñoz

I- Entre la espesura de los castaños, encinas y quejigos, se encontraba la casa. En mitad de la ladera, mirando al sol de la mañana y no muy lejos del río que por lo hondo corría. Estaba construida con gran belleza: paredes y muros de piedra, tejas de barro y encalada de blanco con cal de piedra. Por eso este color blanco de toda la casa, destacaba con mucha fuerza entre el verde de la densa vegetación.

Un caminillo empedrado salía del edificio y por entre las espesas plantas, avanzaba por la ladera como en busca del río al levante. A unos cien metros, este camino se ensanchaba y se convertía en un rellano en forma del mirador hacia el río y hacia las altas montañas al frente y por el lado del sol de la mañana. A las espalda de la ladera en que se alzaba la casa, corría el otro río, el ancho y caudaloso que estaba por completo rodeado de espesos bosques verdes. Por eso a este cauce se le conocía con el nombre de “Río de los Colores Azules Verdes”. Sus aguas, en muchos tramos remansadas, eran muy originales precisamente por los tonos verdes azules que reflejaban.

Y aquella tarde de invierno, justo en los días de la navidad, de la bonita casa blanca, salió el joven dueño de este edificio y de las tierras que le rodeaban. Caminó por el pasillo que por entre la vegetación descendía para el río al levante y al llegar al rellano, se paró. Durante un rato se recreó en la amplia y multicolor panorámica que desde aquí se veía y luego se sentó en el banco de piedra. Llamó al criado, joven pobre nacido en las montañas, sin cultura ninguna y que recibía trato de esclavo despreciable y le digo:
- Ahora mismo, lo que más me apetece es comerme un puñado de almendras tostadas. ¿Dónde podríamos conseguirlas?
Se acordó el joven pobre del amigo que tenía su cortijo al otro lado del río de los colores verdes y le dijo al joven rico:
- Ese amigo mío, este año ha recogido una muy buena cosecha de almendras. Muchas aún las tiene guardadas en su cortijo.
- Pues podrías ir y pedirle de mi parte que te dé unas pocas.
- Voy ahora mismo.
Confirmó sin más el joven pobre.
- Pero tienes que darte prisa y regresar antes de que la noche llegue. El sol no tardará en ponerse.
- Pondré todo de mi parte para estar de vuelta cuanto antes.

Rápido subió por la vereda que atravesaba la vegetación. Dejó a su derecha la gran casa blanca y remontó a la cumbre que coronada. Buscó un punto muy concreto que conocía bien y miró para la hondonada por donde el río de las aguas verdes se alejaba y corría dirección al sol de la tarde. En este momento, la profundidad de los barrancos por donde el río se iba, le pareció mucho más grande y misteriosa que nunca. Las laderas se veían muy pronunciadas, las aguas del río eran muy abundantes y mostraban colores y verdes azules como nunca lo había visto y a lo lejos, al otro lado del río y sobre un poyo en la ladera de enfrente, distinguió el cortijo de su amigo. Como envuelto por algo de bruma porque por este lado de las montañas, se alzaban algunas nieblas y en el cielo, varias nubes negras se movían.

Se dijo, como impresionado por la hondura de los barrancos, el gran caudal del río, las nieblas, la distancia y la luz de la tarde que caía: "Mientras recorro esta pronunciada ladera y me encuentro con el río, mientras luego cruzo las aguas del cauce y mientras después remonto aquella otra ladera hasta el cortijo de mi amigo, voy a tardar mucho tiempo. Quizás tanto que la noche y puede que también la lluvia, me sorprendan antes de llegar a donde vive mi amigo. Y después de pedirle lo que este joven rico desea, tendré que regresar. En todo esto, voy a tardar mucho más de lo que él desea y espera. ¿Qué puedo hacer?

Sí regreso y vuelvo sin las almendras, temo su reacción para conmigo. Me puede despedir y hasta castigar de la manera que ni imagino. Y si continúo y me pongo a recorrer estas distancias, de ningún modo podré regresar antes de que la noche llegue. Me encuentro confundido y como atrapado. ¿Qué hago? Este joven rico que me tiene como esclavo y sin libertad, se va a ensañar conmigo. Por más que le explique, de ningún modo aceptará que no haya cumplido con lo que me ha ordenado. Solo son importantes para él, sus deseos y caprichos. ¿Qué hago yo en este momento?"

Y a su mente acudió algo que en muchas ocasiones cuando dormía por las noches había soñado. En estos sueños, con frecuencia se veía volando por las laderas de las montañas, por los valles y las crestas, por las praderas de la hierba y por encima de los paisajes nevados. Y siempre, siempre en estos vuelos, flotaba en el aire con la suavidad de la más ligera pluma. Como si su cuerpo no pesara y como dueño absoluto de todo lo que iba recorriendo. Pensó en esto un momento y luego se movió para su derecha. Buscó una elevada roca que se alzaba en lo más alto del terreno y subió a ella. Se puso enfrente al gran valle del río verde y durante unos segundos, observó muy atentamente la forma y colores que tanto el valle como el río y las laderas reflejaban. Vio el cortijo de su amigo al otro lado del río y ahora se dijo:

"En solo dos minutos voy a estar allí con él. Esto va a ser fascinante". Alzó sus brazos, se inclinó un poco hacia delante y sin miedo alguno, poco a poco se fue dejando caer como en los brazos del viento. Confiando por completo en que las cosas iban a funcionar tal como en su mente las tenía concebidas. Y su cuerpo no se desplomó hacia el vacío del barranco. Como si no pesara o como si tuviera la levedad de una pluma, se quedó flotando en el aire y al notar esta característica, se animó. Movió sus brazos al modo en que se hace con los remos de una barca en las aguas del mar y al instante comprobó que se movía y avanzaba sobre el viento muy cómodamente y sin notar ni peso ni dificultad alguna. Pensó que estaba soñando pero según poco a poco avanzaba, fue comprobando que tenía control sobre todo su cuerpo y pensamientos. Su corazón se fue llenando de felicidad y por todo su ser, corría y empapada un placer dulce y profundo.

Sin pensar en el joven rico que entre el bosque había dejado, orientó su cuerpo hacia las profundidades del barranco. Luego, en cuanto estuvo sobre las aguas del río, tomó la dirección en que estas aguas se deslizaban encajadas entre las dos laderas boscosas. Se colocó a una altura de unos veinte metros sobre estas aguas y según se iba moviendo dirección al cortijo de su amigo, comprobada cada vez más asombrado, los claros y multicolores reflejos que las aguas de este río destellaban. Azules y verdes con transparencias de espejos líquidos al tiempo que se movían lentamente hacia donde la tarde caía.

De la orilla izquierda del río, donde las aguas se remansaban y reflejaban muy hermosamente los colores del bosque y la luz de la tarde que se filtraba por entre las nieblas, alzó vuelo una bandada de patos silvestres. Ánades reales, color azul verde intenso el macho y manchada de marrones y blancos, la hembra. Se elevaron un poco sobre las aguas de río y en la misma dirección y velocidad que él llevaba, avanzaron como es cortándolo. Sintió un gozo inmenso en su corazón y pensó que la libertad, ser amigo de los colores de los ríos, los verdes de los bosques, los cielos con nubes y puestas del sol entre nieblas y bandadas de patos silvestres, era algo inmensamente grande, satisfactorio y bueno. Se dijo: "Como ninguna otra cosa en este mundo y en la vida de las personas".

Al llegar a la altura del cortijo de su amigo, según por el aire avanzaba volando, se vino para su lado izquierdo. Dejó que la bandada de patos continuara siguiendo el cauce del río y al aproximarse al puntal donde se alzaba el cortijo del amigo, lo vio. Su amigo estaba como

esperándole en el rellano de la misma puerta de su cortijo. Según el joven ahora libre, se acercaba al cortijo, el amigo le decía:
- Aquí me tienes esperándote. Pon tus pies en el suelo y respira aliviado. Prepara tu corazón que voy a darte una gran noticia. Tengo para ti algo grande y bello que va a gustarte mucho.

Muy confiado, apoyó sus pies en la tierra de rellano en la puerta de cortijo. Respiró profundo y miró para el río y a la bandada de ánades que se alejaban y saludó a su amigo. Con la ilusión del que realmente se alegra del encuentro. Percibió en ese momento un agradable aroma esparcido por todo el airecillo. Olor a pan recién cocido y se sintió impulsado a preguntar al amigo. No lo hizo pero sí comentó:
- Tengo que darte muchas explicaciones pero, entre todas, lo que más realmente me asombra, es lo que acabo de realizar. Ni siquiera sé por qué he podido volar al modo en que lo hacen esos maravillosos patos que se alejan río abajo.
- No te inquietes creyendo que es un milagro. Tu vuelo hasta este lugar desde el rincón del hombre que te oprime, es fruto de la gran ansia de libertad que hay en tu alma. Como todas las personas, a todas horas apeteces ser libre y hoy, de alguna manera has probado esta libertad.
- Será lo que dices pero ardo en deseos de contarte mucho. También quiero preguntarte mucho más.
- Me va a gustar oírte pero ahora mismo soy yo el que desea mostrarte algo muy valioso.

Miró el joven para la bandada de patos que ya casi se perdía en el horizonte del río. Los iba borrando las nieblas y los últimos rayos del sol reverberaban en las plumas de colores de estas aves. Dijo de nuevo el joven libre:
- Son hermosos, me gusta su vuelo, los colores que reflejan y los sonidos que lanzan al aire mientras se alejan. ¿De dónde han salido y adónde van?
- No lo sé exactamente pero sí tengo muy claro que anuncian algo porque ellos en si son un gran misterio.
- Quiero saberlo.
- Pero antes voy a mostrarte lo que ya te he anunciado. Ven por aquí, olvida el encargo del que hasta ahora poco ha sido tu dueño y llénate de esta nueva realidad.

El amigo del cortijo, condujo al que llegaba hasta la parte de atrás del edificio. Miró para la ladera que al frente quedaba y señaló a un punto concreto. Aclaró:
- ¿Ves aquellas rocas donde ahora mismo un rayo de sol incide?
- Veo lo que me indicas. ¿Qué es lo que sucede o hay allí?
- Algo que mañana al amanecer va a llenarte de mucho gozo.
- ¿Es tu secreto particular o guardas allí un tesoro?
- Mañana por la mañana lo verás. Hoy ya, como estás viendo, el sol se oculta, la noche no tardará en llegar y quizá la lluvia o la nieve comiencen a caer en cualquier momento. Las nieblas suben cada vez más espesas río arriba desde el lado en que la bandada de ánades se ha ido dirección a Granada y torres de la Alhambra.

El que había acogido al joven del vuelo, se volvió para atrás, invitó a su amigo a entrar a la estancia y lo primero que el amigo vio fue la lumbre encendida y muy viva en la chimenea en el rincón de la estancia. Dijo el que había acogido:
- Ahora, sentémonos junto a las llamas de esta lumbre y, mientras nos calentamos, saboreemos las almendras que tostadas y con sus granos de sal, aquí tengo preparadas. También esta mañana calenté el horno con leña y cocí unos cuantos panes. Recién hechos están y por eso nos sabrán bien y alimentarán mejor con estas almendras que te digo.

Enseguida adivinó el joven libre lo del agradable aroma que al llegar en el aire había percibido. Sin pronunciar palabra, aceptó las almendras y el trozo de pan que el amigo le daba y, pausadamente, como meditando y mientras mantenía fija sus miradas en las llamas de la lumbre, comía. Pasado un rato, el amigo volvió a invitar y en las camas de monte que cerca de la lumbre había, los dos se dispusieron para dormir.
-Con la dignidad del rey más grande aunque esta vivienda mía solo huela a pan recién cocido y a lumbre de leña.
Comentó el joven que acogía. Dijo ahora el que se sentía libre y lejos del que lo esclavizaba:
- Quizás la vida no sea más de lo que tú tienes y ofreces en este lugar. Ser libre, tener viento puro, el rumor de las aguas de un río, la luna en el cielo por las noches rodeada de estrellas y bosques verdes como los que hay por aquí, quizá sea la única, mayor, más valiosa y auténtica riqueza que existe y se pueda gozar en este suelo.

Después de estas palabras, ninguno dijo nada más. Durante un rato mantuvieron sus miradas fijas en las llamas de la lumbre mientras percibían el crepitar de los tizones y luego, el sueño los venció. Fuera, el silencio era total, ni siquiera se oía el paso del viento ni las aves del bosque aunque sí de fondo, el hondo silencio era quebrado por el runruneo de las aguas del río. El joven acogido por el amigo del cortijo tuvo un sueño y vio que este amigo suyo tenía un gran tesoro guardado en el lugar que horas antes le había mostrado junto a las rocas y en la

ladera. Y soñó que este buen amigo compartía con él casi todo este tesoro al tiempo que le decía:
- Para que seas libre por completo tal como muchas veces soñaste y tanto lo has deseado.
- De verdad que agradezco, a ti y al cielo, el gran corazón que tienes.
- Pero un sencillo consejo: nunca olvides que la felicidad no está en las cosas materiales sino en trascender, ser libre y volar al modo en que lo hacen los ánades reales que por este río has visto.
- Tendré siempre claro y presente esto que me dices.

Y el joven del cortijo continuó diciendo:
- En las tierrecillas que desde esta casa mía caen hacia el río, podrás acotar la extensión que quieras. En este terreno, podrás sembrar y cultivar tu huerto particular tal como siempre también soñaste. El agua brota en abundancia en el manantial de la hondonada y las tierras son de mucha calidad. Sacará de este huerto abundantes y muy buenas cosechas.
- De nuevo te doy las gracias y espero que el cielo premio tu buen comportamiento para conmigo.
Dijo otra vez el joven que ahora ya se sentía libre.

Y en este momento, notó mucho frío en todo su cuerpo. En especial, en sus pies y manos. Al despertarse, cayó en la cuenta que se encontraba acurrucado en el hueco de una de las escaleras que había en la blanca casa entre el bosque. Quiso acurrucarse en sí para entrar algo en calor al tiempo que arremetía la vieja y roída manta con la que se arropaba. Miró medio entumecido por el hueco de una de las ventanas que tenía cerca y vio que fuera, en los paisajes, bosques y laderas, todo estaba cubierto de blanco. Nieve por ahí muy reluciente que a lo largo de la noche se había ido acumulando. Se dijo: “Mi dueño, el que me tiene bajo su poder como esclavo, no tardará en llamarme. Todos los días antes de salir el sol, hace lo mismo”

Y justo ahora, en la parte alta de la casa y desde no muy lejos del hueco de la escalera, le llegaban los gritos del joven que se sentía dueño. Llamaba a joven esclavo y le decía:
- ¿Todavía estás durmiendo, so vago? Quiero ahora mismo el desayuno: un pato recién asado y un melón que esté dulce y muy maduro. Y que hoy no suceda como otras veces, que siempre se te pega o quema la comida.

Desde el hueco de la escalera, donde el frío lo tenía medio entumecido, el joven esclavo dijo:
- Voy señor, todo rápido y diligente. Y no se preocupe que hoy sí que le voy a preparar el desayuno más abundante y sabroso.
Lentamente se fue incorporando. Abrió la puerta que daba a la calle y descubrió el denso manto blanco que la nieve había formado en el rellano de la entrada. Algo más lejos, se veía el espeso bosque todo también cubierto de nieve, los hondos barrancos y laderas del río al frente de la casa. Caminó pisando la inmaculada nieve y se fue para la parte de atrás de la casa. Buscó la senda que desde aquí subía a lo más alto de la montaña y donde al otro lado se encontraba el río azul verde. La encontró todas casi cubierta por la nieve que en estos momentos seguía cayendo muy en silencio pero en gran cantidad. Subió lentamente cada vez más helado pero muy empujado por un claro y potente pensamiento.

Mientras se alejaba de la casa, seguía oyendo al joven que le tenía esclavizado. Decía:
- Y que el pato que hoy me prepares para el desayuno, sea el más sano y lustroso que nunca mis ojos hayan visto. Lo quiero bien sazonado, dorado lo suficiente y que huela a lo más ricos aromas que nunca por aquí se hayan esparcido.
Al oír estas palabras, el joven esclavo que caminaba senda arriba, para sí se decía: “Sí que hoy se harán realidad todos estos deseos suyos. Recordará durante mucho tiempo este especial desayuno en el día de nieve tan frío y extraño”.

Tardó un buen rato en llegar a lo más alto. Por entre la nieve buscó la gran roca que tenía a su derecha y subió a ella. Miró al frente y descubrió el profundo y bellísimo surco por donde el río azul verde se deslizaba. Por entre la niebla y la nieve, allá a lo lejos adivinó el cortijo de su amigo y lo imaginó a él sentado junto al fuego de la chimenea calentándose. Él ahora mismo, se moría de frío. La nieve lo había cubierto casi por completo y la roída y vieja manta, ni siquiera le protegía del helado vientecillo que corría. Pero todo decidido y como reuniendo sus últimas fuerzas, se colocó en lo más alto de la roca frente al gran cañón del río y a las aguas que por aquí se acumulaban.

Abrió sus brazos y en estos momentos sintió el graznido de patos silvestres. Le llegaban estos sonidos desde su lado derecho y venían como siguiendo el curso del río en la dirección en que las aguas corrían. Miró para este lado y, por entre la niebla y los copos de nieve que espesos caían, los descubrió. Una bandada de ánades reales que parecían venir de lugares muy lejanos e iban a otros lugares aún más lejanos y misteriosos. Se acercaban veloces a él pero muy confiados y por eso esperó un momento.

Los vio aproximarse y enseguida cruzar casi rozándolo. Emitieron en estos momentos muchos graznidos y con intensidades y modulaciones muy variadas. Al ver y notar él que esta bandada de ánades reales le rebasaban y se iban, instintivamente gritó:
- ¡Esperad un momento que me voy con vosotros! Quiero volar y gozar de la libertad que veo en vuestro mundo. Esperad que allá voy.

Abrió mucho sus brazos y, por entre la bandada de los mil copos de nieve que armoniosamente bailaban mientras descendían, se dejó caer hacia las aguas de río azul verde.